

Carolina de Soto y Corro González

D. Jenaro Matamoros

TRIÁLOGO CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

Precio UNA peseta.

MADRID

IMPRESA DE LA VIUDA DE ANTONIO ALVAREZ

Marqués de la Ensenada, 8

1917

© Biblioteca Nacional de España

42

DON JENARO MATAMOROS

Carolina de Soto y Corro González

R 57652

D. Jenaro Matamoros

TRIÁLOGO CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

PRIMERA EDICIÓN



MADRID

IMPRESA DE LA VIUDA DE ANTONIO ALVAREZ

Marqués de la Ensenada, 8

1917

ACTORES

Don Jenaro

José

Tiburcio



DON JENARO MATAMOROS

TRIÁLOGO CÓMICO EN UN ACTO
Y EN PROSA

Gabinete con chimenea, mesa cubierta con tapete, butacas, sillas. Puertas al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA

José cepillando la ropa de su amo

José

¡Na! Que no cuaja ninguno. El que se acaba de ir preguntó, como tós los que vinieron antes a pretender, que si el amo tenía mal genio, y al contestarle yo que regular, que eso dependía del comportamiento de las personas que tenía a su vera, y demás circunstancias de las cosas, creo que se caló la partía, porque se quedó pensativo, diciendo al fin, que no podía comprometerse hasta pensarlo, y si le convenía volvería con la

contestación. Mucho me temo que no vuelva si llegan a sus oídos los rumores que corren por ahí de los puntos que calza el señor, al respetive de su cararte, pues tó el mundo sabe del pie que cojea y el por qué no duran en esta casa los criados. Por el anuncio puesto en *La Arsión* acudieron ya hoy lo menos treinta pretendientes sin que haiga petao ninguno, a causa de las ersigencias de don Jenaro. Se empestilla en no armití mujeres pa ná en la casa y que no haiga a su servicio más que hombres. Yo solo pá el trabajo de dos no pué ser, y samenesté cuanto antes cubrir la plaza que dejó Tadeo. Aquél era un buen muchacho, mas le cogió tal miedo al amo, que un día dijo, ahí queda eso, y tomó las de Villadiego dejándonos a los demás con un palmo de narices. Yo, duro aquí por lo que duro, porque he sabido jonjavar al señor y caerle en gracia, hasta el extremo de que tó me lo consulta y ha hecho de mí su hombre de confianza. Ya va pá dos años que le sirvo, desde que visitando él Andalucía estuvo en mi tierra que es Chipiona. Me vió en una juerga de jitanos y me hizo la mar de preguntas del baile y cante flamenco; preguntándome después:—«Y ¿a qué más te dedicas muchacho?—Pues al campo, a las capeas por los pueblos y a tó lo que sale, contesté:—¿Quieres venirme conmigo? añadió; solo tengo un criado y necesito dos; pago bien; ¿te conviene?—¿Y qué tengo yo que hacer con usté? le dije a mi vez antes

de contestar.—Limpiar mi ropa, velar mi sueño y distraerme con tus gracias en mis arcesos nerviosos, dijo.—Si no es más que eso, trato hecho, respondí sin pensarlo más». La cosa estaba tan apurá en mi casa, es decir, en casa de mi tía la escobera, con quien vivía desde chico; que ví el cielo abierto con aquél ofrecimiento y me vine con D. Jenaro, lleno de ilusiones, creyendo que tó el monte era orégano, pero, ¡camará! Lo que he tenío que sufrir hasta hacerme a esta vida y conocer bien a mi amo que me da buen sueldo, eso sí, pero que tiene un genio de dos mil diablos, y hace pasar las morás a los que están a su lado; por eso desde que murió Juan, criado antiguo de su familia, no hay quien le sirva más que yo, que ya entiendo la aguja de marear. (*Suena un timbre sin parar mientras José recoge las prendas limpias, diciendo*): ¡Voy! ¡Voy! ¡Ya se que quiere usted la ropal ¡Voy corriendo! (*Váse por la derecha*).

ESCENA II

TIBURCIO, luego José

TIB. (*Muy paleta, mirando en derredor*). El hombre del mandil y gorro blanco, que me abrió la puerta, me ha dicho que aquí está el ayuda de la cámara, con quien hablé an-

tes, pero no lo veo por dengún lao; no está; si yo supiera como se anombra; lo llamaría pa que sepa que he volvío. Probaré. (*Vocea junto a una puerta, y luego, impaciente, junto a la otra.*) ¡Señor ayuda! ¡Señor ayuda de la cámara!

JOSÉ (*Por la derecha, con una prenda en la mano*). ¿Qué? ¿Quién vocea así?

TIB. Yo, Tiburcio, el de nantes.

JOSÉ ¡Buen modo de anunciarse!

TIB. Como no estaba usted aquí y tenía prisa por decirle...

JOSÉ Ahora estoy vistiendo al señor y no puedo escuchar nada, aguarde a que concluya y después hablaremos. (*Váse*).

TIB. Está bien, esperaré, y usted perdone. Me asentaré tan y mientras que... (*Al sentarse en una butaca da un salto*). ¡Porra! ¡Que hundo la sillica! No digan que la he rompío yo. (*Se sienta en otra y pasa igual*). ¿También está? ¡Contra! No me siento en denguna, no vaya a hacer un desavio. Seguiré pino, que bastante descansé ya en la posá del Juanete, a donde he venío a parar por recomendación del tío Morro que conoce bien esto y me ha dao tóas las instrucciones necesarias pa caminá por Madrid. «Sobre tó, me dijo, ten cudiao con los timos; tu eres muy paleta, vas por primera vez, y allí se la pegan tós los días a los forasteros de afuera, sacándole con engaño los cuartos que llevan». Bueno, ya estoy prevenío, y no es fácil que a mí me pase ná. Aquí en el cinto

(*tocándose a la cintura*) envuelto primero en un trapo y aluego en un papel, tengo intacto mi capital, las treinta y siete pesetas y media que me dieron por la venta del burro, un gran borrico, hijo de la burra de mi madre, que me lo dejó en su testamento pa que yo me buscara la vida con él, y aunque ya viejecico, aun servía pa acarrear leña. Pero... la verdad, el negocio daba poco para pensar como yo pensaba, y le dije a mi Toñica: ¡Maña! Hay que ganar más pa que nos ajunte la bendición del cura. Si quiés esperarme algún tiempo, vendo el asno, me voy a Madrid a trabajar un par de años, reuno dinero y vuelvo endispués a casarme con tú, a lo príncipe, en la misma Seo, delante de la Pilarica. Pareció bien a la moza y andé de corrío haciendo tó lo que pensaba, hasta venirme por piés desde Calamocha aquí, por no mermar mi dinero. No sabía a qué dedicarme pero oí leer esta mañana en un papel que un señor necesitaba criado listo, y dije digo, allá voy yo, que soy aparente, y vine y hablé con el ayudante que me ofreció buena soldá; mas supe al subir, por otro que bajaba, que este amo tié mu malas pulgas, y en un prencipio no me arredré, pero aluego de pensarlo, me he decidío a pasar por tó, incluse por lo del festejo y demás que quiere el señorito, y aquí estoy dispuesto a servirlo, que veinte peseticas mensuales no son de perder; veinte peseticas que guardadas tós los meses con las otras, sin gastar ni

un perro chico, al cabo de dos años, formarán una porrá de duros que llenarán el cinto, este cinto, (*desatándolo de la cintura*) que es la esperanza de una familia, de la familia, que seremos yo y mi Toñica. Pa más seguridad me lo até con una cuerda y solo me lo he quitao pa enseñarlo al paisano que hallé en la estación. (*Queriendo recordar*). No hago memoria de lo que me dijo de cuando jugábamos pequeñicos en la plaza del pueblo; mas éste será el hijo que se le perdió á la tía Pelona, y que, según el cambio que me hizo, debe haber hecho suerte. Me dijo que no mirara las monedas, hasta que el fuera esta tarde a la posá a explicarme dónde y cómo se cambian los duros viejos por los nuevos que tien más plata; pero ahora que los tengo a mano, voy a recrear la vista de mis ojos en ellos. (*Sacando el paquete del cinto*). ¡Lo que pesan estos más que los otros! ¿Eh? (*Tanteando el peso*). ¡Qué buena plata! (*Satisfecho, y luego mirando con sorpresa el contenido del paquete*). ¡Porretal! ¡Reporretal! ¿Qué es esto? ¿Será que no veo bien? (*Se refriega los ojos y vuelve a mirar estupefacto*). ¿Piedras? ¡Son piedras en vez de duros! ¡Ay, Pilarica mía, lo que me pasal! ¿Cómo se han convertío en piedras mis duros? ¡Si no pué ser! ¡Si no es posible, y no lo entiendo! ¡Esto es brujería! ¡Madrecica del Pilar, sácame de este apuro, si nó, estoy perdido, perdías mis ilusiones y perdías mis es-

peranzas de casorio! ¿Qué es lo que me pasa a mí Virgencica de Aragón, y qué dirás de tu maño, Toñica, cuando lo sepas? ¡Bruto, más que bruto! (*Dándose cachetes*). ¿Cómo te has dejao embrujar así? (*Gritando desesperado*). ¡Piedras! ¡Piedras! ¡Piedras!

ESCENA III

JOSÉ y TIBURCIO

- JOSÉ (*Sale rápido*). ¡Hombre de Dios! ¿Se ha vuelto usted loco? ¿Pa qué pide usted piedras?
- TIB. (*Llorando*). ¡Señor ayuda de mi alma, lo que me pasa!
- JOSÉ ¿Qué le pasa a usted? Dígalo pronto y márchese a escape, porque el amo está desesperao de oirlo, y va a venir de un momento a otro, dispuesto a darle a usted el pasaporte pá el otro barrio, si lo encuentra aquí.
- TIB. ¡Mis duros! ¡Mis duros se han golvío piedras!
- JOSÉ ¿Qué dice usted, cristiano? Usted no está bueno de la chorla. (*Señalando la cabeza*). Explíquese claro y ligero.
- TIB. (*Entre sollozos*). Mi capital, envuelto en estas cosas y metío en este cinto...
- JOSÉ (*Comprendiendo*). ¡Vamos! Que el dinero que traía se lo han birlao. ¿No es eso?
- TIB. ¿Birlao? No pué ser.

- JOSÉ Alguien olió que traía usted plata y... (*Haciendo ademán de quitarlo*).
- TIB. Si nadie se acercó a olerme, ni hablé más que con un paisano en la Estación.
- JOSÉ ¿Conocía usted a ese paisano?
- TIB. ¿Yo?.. Al pronto no; pero él dijo que nos conocíamos... y me habló de un negocio...
- JOSÉ Pues no diga usted más; ese ha sido el del timo.
- TIB. ¿El del timo? ¿Será posible, bestia de mi, que yo me haya dejao engañar, contra tó mi cudiao?
- JOSÉ Si, señor; ha sido usted un lila, un panoli, como tós los que vienen de los pueblos a la buena de Dios.
- TIB. ¿Qué dirá el tío Morro cuando sepa que me han robao apesar de sus consejos? Y ¿qué dirá la Toñica? ¡Ay, madre, qué desgracial! ¿Qué ruina para mí! Y ¿qué hago yo ahora, pa encontrar al maldito paisano en este pueblo tan grande?
- JOSÉ ¿Encontrarlo? ¡Cá, hombre! Echele usted un galgo al endividuo. Inútil cuanto quiera usted hacer... Piérdale usted ya el gusto a su dinero.
- TIB. Pero ¿no habrá ya modo de buscar al ladrón?
- JOSÉ Denúncielo usted; pero tó será en balde. Créame, amigo; lo mejor es que se consuele usted de su pérdida, ganándolo de nuevo, trabajando aquí o en su pueblo.
- TIB. Estoy destemplao; no acierto qué pensar ni a donde ir; además, que sin una perra no

me querrán ya tener en la posá. ¿Qué hago, burro de mí?

JOSÉ *(Aparte)*. Me da lástima, por lo simplón que es. *(Alto)*. No se vaya usted, buen hombre, hasta hablar con el amo; yo procuraré ponerlo a su favor. Aquí viene ya.

ESCENA IV

Dichos y DON JENARO

D. JEN. *(De mal talante)*. ¿Quién es este ganapán? ¿Es el que pedía piedras?

JOSÉ Es uno de los candidatos que vienen a pretender...

D. JEN. ¿A pretender con esa cara de estúpido?

TIB. *(Aparte)*. ¡Porra! ¡Cómo las gasta, y qué humos tiene el hombre!

D. JEN. *(Andando de un lado a otro)*. No quiero palurdos a mi servicio, sino muchachos listos y de buena presencia.

JOSÉ Es que ahí donde usted lo ve, es una alhaja el moso de entendió en tó lo que usted ersija de él.

D. JEN. *(Parándose delante de Tiburcio)*. ¿Cuáles son tus gracias?

TIB. Tiburcio Zascandil y Becerro, pa lo que usted guste...

D. JEN. *(Interrumpiéndolo)*. ¡Animal! No pregunto eso; sino qué habilidades tienes; qué sabes.

TIB. (*Cohibido, rascándose el cogote*). Pues yo... se manejar el azadón... componer serones... remendar albardas...

D. JEN. ¡Rayos y truenos! (*A José*). ¡Quitame a este bestia de delante, sino lo quito yo de una puntera!

TIB. (*Aparte*). ¡Porretal! ¿Qué habré dicho malo?

JOSÉ (*Tratando de contemporizar*). No se ha acabao de expresar; permitame usté, mi señor don Jenaro, que yo le pregunte.

D. JEN. Hazlo, vivo; pero ese rostro de babcia no denota más que ignorancia y simplicidad.

JOSÉ (*A Tiburcio*). El señor pregunta (*tuteándolo con aire protector*) si sabes cosas de más importancia, pa divertirlo, por ejemplo, tocar algún instrumento, o el cante y baile de tu tierra.

TIB. (*Animado*) Sino es más que eso, ¡porral ya lo creo que sé. He tocao mucho la bandurria y la guitarra en noches de ronda, y canto y bailo la jota como el mejor.

D. JEN. (*Más amable*). ¡Olal! ¿Sabes la jota? Precisamente el aragonés y el andaluz artístico son mis géneros favoritos. Creo que me convienes. (*A José*). Tú te entenderás con éste en lo del contrato, si está conforme con las obligaciones que impongo y seguro de saber cumplirlas.

JOSÉ Ya hablamos antes de ello, y acerta las condiciones con seguridad completa de dar gusto al señor.

TIB. Eso ¡otral! Y tendré a usted contento.

- D. JEN. (*A Tiburcio*). Todas las noches hay que velar mi sueño, alternando una noche cada uno, porque padezco accidentes nerviosos y temo que me acometa el mal dormido. A la menor agitación o señal que observes, me despiertas, pero sin tocarme ¿eh? Porque me exaspero y no respondo de mí; me despiertas cantando; cantando bien ¿entiendes?
- TIB. Entendido.
- D. JEN. Porque si lo haces mal, si desafinas y despierto molesto, te tiro lo primero que halle a mano; sírvate de aviso.
- TIB. (*Aparte*) ¡Porra y porreta, con el hombre!
- D. JEN. ¿Has oído?
- TIB. Sí, señor; descúdie usted, que habré de cantarle como el mismo San Gil Barba del trato.
- D. JEN. ¡Ah! ¡Si cantaras como Sagi-Barba! ¡Tendrías tu fortuna hecha.
- TIB. Tras ella voy ¡porral!
- D. JEN. (*Mirándolo fosco*) ¿Eh?
- TIB. (*Inquieto*). Na. Y ¿querrá el señor?...
- D. JEN. ¿Qué?
- TIB. ¿Que me quite este ropaje, y me vista como el otro (*por José*) con más finuria?
- D. JEN. No, prefiero verte con el traje típico.
- TIB. (*Aparte confuso*) ¿Cuál será ese?
- D. JEN. (*A José*). Tu, dispón enseguida el almuerzo, y que vea Fabián cómo se enmienda guisando, porque si vuelve a ponerlo todo quemado como ayer, lo degüello.
- TIB. (*Aparte*). ¡Otra! ¡Reporra!

JOSÉ Está mu bien.
D. JEN. Cinco minutos doy de término para que me sirvas aquí mismo lo que he de almorzar. No tardo más. (*Váse derecha*).

ESCENA V

JOSÉ y TIBURCIO

JOSÉ Hay que servirle a la carrera. Es más vivo que un rayo. Ayúdame, Tiburcio, y así te irás imponiendo en las cosas. (*Desde este momento todos los pasos que da José poniendo la mesa, los da también detrás Tiburcio*).

TIB. Eso; usted diga; ¡que ya deprenderé! ¡Re-
contra!

JOSÉ A esta mesa se le quita el tapete (*haciendo lo que dice*) y se le pone un mantel que tengo aquí. (*Sacándolo del cajón de la mesa*).

TIB. Oiga, señor... José...

JOSÉ Trátame ya con confianza, ¡qué diablos!

TIB. Pus oye, tú; ¿cómo es el traje de tres picos con que quiere verme el señor amo?

JOSÉ ¡Já, já, já! ¡Tiene gracia lo que has entendió! Típico, que fué lo que dijo, quiere decir el del país, el mismo que traes puesto.

TIB. ¡Ah!... ¡Ya!..

JOSÉ (*Siguiendo su tarea*). También tengo platos, cubiertos (*Sacándolos del cajón*) y de tó pa estos casos imprevistos.

- TIB. Oye, ¿y me quedo aquí desde ahora?
- JOSÉ Sí, hombre; desde hoy eres mi compañero de fatigas y trabajos. Vasos, botella de agua, otra de vino, (*Tomándola de la chimenea*) que nunca faltan en este sitio aunque parezca impropio de este lugar, (*coloca una silla*) y se acabó. Ya no falta más que el condumio. (*Toca un timbre y dice desde la puerta del fondo*). ¡Fabián! ¡El almuerzo! (*Volviendo al proscenio*). En menos de cinco minutos lo hice tó. Soy más listo que Cardona.
- TIB. Oye ¿cómo se anombra nuestro amo?
- JOSÉ Don Jenaro Matamoros.
- TIB. ¡Reporral! ¡Catrel! ¿Es melitar?..
- JOSÉ No, propetario, mu rico, y con un geniesito...
- TIB. Ya me lo voy figurando ¡contral! Y ¿eso de Matamoros, que senifica no siendo melitar?
- JOSÉ Pues senifica un apellido de pila, y te lo diré más claro, como lo he sabido yo. Ese es un apellido compuesto de dos, el de su padre Mata y el de su madre Moros. A don Jenaro, que siempre fué una polvorilla, le vino pintipará la juntura de los dos apellidos, pa darla de más bravucón de lo que es, y los ajuntó, teniendo a fantasia llamarse Matamoros, porque su plurito es asustar a la gente haciéndola creer que es una fiera que se come a los niños crudos; pero aluego to eso se queda en agua de cerrajas; to no es más que bocas de la isla; apariencia y des-

plante; porque es el corasón más noble que hay bajo la capa del sol; el hombre más cabá que me he echao á la cara. Sus arranques se vuelven na, le pasan aseguia, y hace mucho bien a los que quiere; más pa esto hay que tenerlo contento y atinar con su gusto. Yo, como ya lo conozco, aguanto con pasencia sus acometías, y aluego por ca sofión que me dá, me suelta un duro. Conque ya sabes, un duro por ca sofión. Procura tu entenderlo y agradarle, sobre tó en la oportuniá del cante cuando le ataca el mal, y asi ten por seguro que harás tu agosto.

TIB. Oye, ¿no es casao? ¿No hay mujeres en esta casa?

JOSÉ No las quiere el señorito; no las púe ve ni en pintura.

TIB. ¡Que raro! A mi que toas me gustan, sin ofender a mi Toñica.

SOSÉ ¿Y a mí? ¡Que me pirro por ellas, no te digo ná! Por lo que yo he podío entender, aquí pa los dos, una mujer le jugó una charraná mu gorda; tan gorda que le puso los nervios de punta a don Jenaro, y ha sio el motivo de su enfermedá.

TIB. ¡Yal... ¡Reperra! Casi lo entiendo; no toas salen buenas.

JOSÉ Has dao en la cosa; por eso desde que le ocurrió el percanse no quiere fardas a su lao: dice que las hembras pa servir a la patria dándole muchos soldaos, y luego pa que el demonio se las lleve.

TIB. ¡Contra! No me extraña ya su genio.

JOSÉ *(Suena un pito)*. El silbato del cocinero avisando que está el almuerzo. Voy deseguida. *(Váse por el fondo)*.

TIB. ¡Un desgraciado! ¡Pobre hombre! Hay que considerar las circunstancias como son y que disimular ciertas molestias, puesto que endispues tiene arranques superiores. ¡A duro por zofión! ¡Recontra! Habré de aguantarme pa hacerme rico. Ya con esto se me olvidará el susto de mis treinta y siete pesetas y media perdías; así pronto las repondré y volveré a llenar de plata el cinto, pero no lo enseñaré ya más a dengun paisano ¡porra! Así sea más paisano que el obispo.

JOSÉ *(Con una bandeja llena, que suelta en sitio conveniente, para poner en la mesa las viandas que trae)*. Ya está; y el amo que viene puntual. No se quejará esta vez de ninguna falta.

ESCENA VI

Los mismos y DON JENARO

D. JEN. *(Entra mirando su reloj)*. Cinco minutos y medio.

JOSÉ El medio minuto que hace que se está enfriando la tortilla.

D. JEN. *(Se sienta y prende del cuello la servilleta)* No me hagas esperar nada de un plato a otro; ¿gientiendes?

JOSÉ Entendió. To está aqui a punto (*Le sirve agua y vino*).

D. JEN. (*Parte pan y empieza a comer, mas al primer bocado tira el tenedor sobre el plato*) ¡Uf! ¡Imposible!

TIB. (*Dando un salto hacia atrás*) ¡Cuerno! ¡Reporra!

D. JEN. (*Con acritud*) ¡Esto no se puede comer!

JOSÉ (*Aparte*) ¡María Santísima! (*Alto*) ¿Por qué, señorite? ¿Qué tiene?

D. JEN. Está el huevo como acabado de salir del cascaron. ¡Un asco! Esto no se puede tolerar; Unos días por ache y otros por bé, me quedo en ayunas casi siempre; no puedo atravesar las comidas que me hace ese cocinero de Barrabás. Me quiere matar de hambre, pero antes lo mato yo a él de un tiro (*Da un puñetazo en la mesa, se pone de pié y pasea nervioso*).

JOSÉ (*Aparte*). Malo se va poniendo esto (*A Tiburcio*) Tráete la guitarra que está allí colgá en mi cuarto (*Señalando a la puerta izquierda*).

TIB. (*Asustado va y vuelve con el instrumento. Al entrar aturdido tropieza con el amo*). ¡Recuernol! ¡Porra!

D. JEN. ¡Barbarol... ¡Zopencol... ¡Bruto! (*Tratando de darle una puntera. Tiburcio esquiva el golpe y se resguarda detrás de José que, sentado empieza a preludiar en la guitarra unas seguidillas, sin hacer caso del furor de su amo que con la música va deponiendo su fiereza hasta calmarse. Vuelve a la*

*mesa y mientras canta José, come distraído
lo tortilla y demás).*

MÚSICA (1)

José (*Canta*) Sesteando en las eras
cantan los grillos,
se entonan las cigarras,
silvan los mirlos.

Y en el concierto
toman parte las ranas
del arroyuelo.

Con los tiernos rebuznos
que daba un asno,
entre los burros tristes
hizo milagros.

Luego sus quejas,
dando en notas acordes
toda la recua.

(Ademán de complacencia de D. Jenaro).

Yo, que nací cantando
como un jilguero,
en el rústico albergue
de mis abuelos.

Con mis cantares
difundí la alegría
por todas partes.

En la música cifro
mis esperanzas,

(1) La letra de los cantares de esta obra, se ajusta fácilmente a cualquier música del género que indica.

porque, presta a mi vida
plácida calma.

Y con mi canto
se apaciguan los nervios
de don Jenaro.

HABLADO

D. JEN. *(Aplaudiendo)* ¡Bien! ¡Bravo! ¡Bravo mu-
chacho! Me han gustado mucho esas coplas.
¿Son nuevas, eh?

JOSÉ Acabaitas de salir de la fábrica *(Da la
guitarra a Tiburcio que la coloca sobre
una silla)*.

D. JEN. ¿Composición tuya?

JOSÉ Na mas que mía.

D. JEN. Te admiro.

JOSÉ Ya sabe usté que en mi tierra tos semos
Hermanos Quinteros de nacimiento.

D. JEN. Si, ya se que los andaluces tenéis numen-
natural; que arde el espíritu de la poesía en
vuestras venas.

SOSÉ ¿Sirvo al señor café?

D. JEN. Me lo servirá Tiburcio, que está ahí sin
hacer nada; tu vas a traerme tabaco. *(Sa-
cando la petaca y viéndola vacía)* No tengo
ni un pitillo que fumar. Vaya, tráelo pronto.

JOSÉ Voy en un periquete. Tú, fulano; *(A Ti-
burcio)*. Despabilate. Ve por el café, que ya
lo tendrá preparado Fabián y sírvelo sin de-
mora. *(Váse por el fondo)*.

ESCENA VII

DON JENARO y TIBURCIO

- TIB. Bueno, voy, voy... (*Sin moverse*).
- D. JEN. ¿Qué esperas? ¿No te han dado ya la orden?
- TIB. Justo, mi amo, pero... (*Indeciso*).
- D. JEN. ¿Qué pero hay? (*De buen humor*)
- TIB. (*Titubeando*) Temo equivocarme... dice el ayuda...
- D. JEN. ¿Que es eso de ayuda? José, querrás decir.
- TIB. Eso; José...
- D. JEN. ¿Y qué? Acaba.
- TIB. Dice José que lo sirva sin demora... y no sea que yo se la eche sin saberlo.
- D. JEN. (*Rtendo*). ¡Valiente topo estás, hombre! Te ha querido decir José que lo traigas inmediatamente, y nada más.
- TIB. ¡Ya! usted perdone; ¡porra! ¡Como soy nuevo en el oficio! Ya lo entendi, y corro por el. (*Vase por el fondo*).
- D. JEN. Este individuo es un potro cerril; un zoquete de lo mas zoquete que he visto; pero su torpeza y rusticidad casi me hacen gracia, y acaso su misma ignorancia me sirva en ocasiones de distraccion. Además, que siendo tan listo como es el otro, ya lo irá instruyendo y domando cuanto sea menester. Lo he tomado sin informes y no se hasta que punto deberémos fiarnos de él; sin embargo tiene cara de hombre honrado y probaremos sus aptitudes aunque con la prevención ne-

cesaria. (*Vuelve Tiburcio con el café que coloca torpemente sobre la mesa*).

TIB. ¡Porreta! ¡Qué me quemó! (*Sacudiendo los dedos*).

D. JEN. Si lo venías vertiendo, hombre, no seas estúpido, y guárdate las porras y las porretas para tí sólo. Delante de los señores no dicen los criados palabras inconvenientes; es una falta de respeto que no estoy dispuesto a tolerar.

TIB. Perdone usted; no sabía que eso era malo; procuraré enmendarme, pero como es mi costumbre, y lo digo sin darme cuenta... avíseme su merced cuando se me escape.

D. JEN. Eso es, que te avise después que lo hayas dicho; tuyo ha de ser el cuidado; y no repliques, sino contesta la verdad a las preguntas que te voy a dirigir. (*Pone azúcar y toma sorbos de café mientras habla*).

TIB. (*Cruzando los dedos*). Por estas cruces, juro que la diré.

D. JEN. No es preciso tanto; bastará con que seas franco y sincero.

TIB. Seré lo que usted mande que sea.

D. JEN. ¿Es esta la primera vez que sirves de criado?

TIB. En Madrid, sí señor; pero en Calamocha, cuando vine al mundo, fui criado con los cerdos de mis padres, y más adelante entre los burros de mis hermanos, que como más grandes que yo, siempre me hacían estar al cuidado de las bestias. Después me crié solo, trabajando en el campo con el tío Lesmes.

- D. JEN. ¡Buena explicación! (*Risueño*). ¿Y tú familia?
- TIB. (*Confuso*). ¿Familia?.. Como era tan pequeño... y entoavía no me casé...
- D. JEN. Acabas de citar a tus padres y hermanos; esa es la familia porque te pregunto.
- TIB. Pús de esa familia... no hay ná.
- D. JEN. ¿Cómo es eso?
- TIB. Porque nos quedamos solicos en la tierra yo y el burro pa contarlo.
- D. JEN. (*Aparte*). ¡Tiene gracia! (*Alto*). ¿Te abandonaron tus parientes?
- TIB. No señor; se me murieron tós de una vez. (*Saca para limpiarse las lágrimas un gran pañuelo de hierbas*).
- D. JEN. ¡Qué barbaridad! ¡Todos a un tiempo! ¿Sería a causa de alguna epidemia, de algún naufragio, o siniestro imprevisto?..
- TIB. No supe de cuál de esas enfermedades; lo que sí se es que mi madre me mejoró dejándome la pertenencia del burro padre de mi casa, pa que yo me las entendiera con él; así llegué a la mocedad siempre a la sombra del tío Lesmes que fué para mí más que el burro, mi amparo y mi consuelo, hasta que Dios dispuso también de él; entonces ya estaba apalabrado con la Toñica, pensé en casorio y vendí la bestia pa traficar con ese dinero en Madrid, y aumentarlo pa la boda, sirviendo a un buen amo. Esta suerte la encontré con usted, pero en cambio he tenido la desdicha de perder mi capital apenas llegué aquí.

- D. JEN. (*Con interés*). ¿Cómo lo has perdido?
TIB. Debió quitármelo uno que dijo ser paisa-
 no y me habló de duros de mejor plata que
 los míos.
- D. JEN. ¡Qué cándido! ¿No comprendiste el timo?
TIB. ¡Si yo lo hubiera podido comprender!
 ¡Porra y reporra!
- D. JEN. (*Con enfado*). ¿Ya pareció aquéllo?
TIB. (*Aparte*). ¡Contra! Que lo he soltao. (*Al-
to*). Dispense su merced; quise decir...
- D. JEN. Nada; no tenías que decir más que con-
 testar a mis preguntas. Escuchaba tranquilo
 tus sandeces, pero al fin has tenido la habi-
 lidad de excitarme con tu exabrupto. Te
 prohibí que lanzaras ante mí esas rudas ex-
 clamaciones, y has vuelto con dobles porras
 a fastidiarme. (*Da con el puño en la mesa;
se levanta y pasea cada vez de peor hu-
mor*).
- TIB. (*Yendo detrás, asustado*). ¡Señor!
D. JEN. Si no dejas esa muletilla, mal lo vas a pa-
 sar a mi lado, te lo prevengo, porque al pri-
 mer impetu te echo a volar de un puntapié.
- TIB. ¡La Pilarica me libre! Perdone, don Je-
 naro, fué sin poderlo remediar; ya pondré
 más cudiao en el habla.
- D. JEN. Este gznápiro no soltará tan fácilmente
 el pelo de la dehesa. No va a ser posible
 aguantarlo. Pero... ¿Por qué no estará ya
 aquí José con el tabaco? ¿Adonde mil de-
 monios habrá ido por él? Su tardanza aca-
 bará por desesperarme. (*Al volverse más
pronto de sus paseos desatinados, tropieza*

con Tiburcio que va detrás, y ya fuera de si le da una puntera a tiempo que entra José, Tiburcio lleva las manos a la parte dolorida).

TIB. ¡Ay! ¡Porreta!

ESCENA VIII

Dichos y José

D. JEN. *(Al ver a José).* Quitame a ese bruto de delante. Que se vaya, y no lo vea yo más.

JOSÉ *(Aparte)* ¡Cristo padre! ¡En buena hora llego! ¡Lo que se ha ganao el mozo! *(Poniendo rápido la guitarra en manos de Tiburcio).* Toma; ha llegao el momento de lucir tu voz; cántate, con ángel, lo mejor que sepas de tu tierra, y ya verás el resultao.

TIB. *(Aun quejándose).* ¡Ay! ¡Cantar con esto que siento aquí! *(Tocándose a la parte posterior).*

D. JEN. Si no lo echas ahora mismo a la calle, me veré en el caso de andar a tiros con todos.

TIB. ¡Ampárame, Virgencica!

MÚSICA

(Tiburcio colocando un pie en el palo de una silla, toca la jota. Oyéndola se calma don Jenaro; siéntase luego y toma los eigarros que le da José, los cuales guarda en la petaca, separando uno que prepara, en-

ciende con una cerilla que le acerca aquél, y fuma tranquilo mientras oye el canto).

JOSÉ (Animando). ¡Venga de ahí!

TIB. (Canta). Para probar quien yo soy

a la vista de mi novia,
hice de mulo en la trilla
y en el tiro de la noria.

El día que yo me case
he de decir a mi maña;
la mujer para el avío,
yo descanso y tu trabaja.

Y cantando alegre
pasaré la vida
entonando coplas
a la Pilarica.

A la de mi pueblo
que es la que me quiere,
y cuanto le pido
to me lo concede.

(Gesto de aprobación de don Jenaro).

Al vernos la vez primera
sin hablar mucho ni poco,
ella me tiró un mordisco
y yo la pegué un mamporro.

Si me casara con tú
celebraría la boda
con rábanos y pepinos,
pimientos y zanahorias.

Y con mi guitarra
se haría la fiesta

bailando los mozos
en la plazoleta.

Entre jota y jota
siempre celebrando
a su Virgencica
los zaragozanos.

HABLADO

D. JEN. (Con entusiasmo). ¡Buena voz, y buen estilo! (*Se levanta y abraza a Tiburcio*). Me has complacido, muchacho; eres un diamante en bruto. Con ese canto te has ganado ya para siempre mi simpatía y estimación. Ya lo sabes, te quedas en mi casa, a mi lado, en compañía de José que te impondrá en todo, y entre los dos procuraréis hacerme la vida lo más grata posible, combatiendo mis males con vuestro buen humor y el armónico son de vuestros cantares (*A José*). Deseo que se considere a este mozo en mi casa igual que a tí, que seáis buenos compañeros y que cuidéis del alivio de mis nervios como lo habéis hecho hoy, con la oportunidad debida.

José Bien está. (*A Tiburcio*). Caiste en gracia, amigo.

D. JEN. (*A Tiburcio*). Toma un duro en compensación del arranque impetuoso que tuve contigo. (*Indicando el puntapié que le dió*).

TIB. (*Contento y aparte*). ¡A duro por puntear! ¡Contra! Con media docena que me die-

ra al día, bien relleno el cinto, pronto sería mi yunta con Toñica.

D. JEN. ¿A cuánto ascendía la suma que te robaron al llegar?

TIB. A treinta y siete pesetas y media y quince céntimos.

D. JEN. Bien; pues para completa satisfacción tuya, te ofrezco una indemnización de cien pesetas que te impondré en la Caja de ahorros, a fin de que te sirva de base para tu porvenir.

TIB. (*Loco de alegría*). ¡Porra!... (*Se contiene poniéndose la mano en la boca*). Dios se lo pague a su merced y le de salud y haga de mí lo que quiera. Usted es mi padre, mi amo, y por éstas (*besando las cruces que hace con los dedos*) que en adelante me guardaré las porras para mejor ocasión.

D. JEN. Harás muy bien. (*Aparte*). Sin embargo, hasta eso lo encuentro ahora simpático y aceptable en este baturro.

JOSÉ Si el amo me permite dos palabras al público...

D. JEN. El bienestar que disfruto en éstos instantes, la satisfacción que me produce tener criados de tales méritos a mi servicio, me pone en condiciones de acceder a lo que me pidan. Di lo que quieras.

JOSÉ (*Al público*). Como en su varia tendencia de aplaudir o disfamar el mundo suele juzgar al hombre por la apariencia.
Siguiendo ruta distinta

veréis en esta ocasión
que no es tan bravo el león,
como la gente lo pinta.

Pues contra el rumor corriente
de ser intratable y fero,
es mi amo un caballero
de corazón excelente.

Si no, los ecos sonoros
de vuestro aplauso nutrido,
prueben que os ha complacido
Don Jenaro Matamoros.

TEI.ÓN



OBRAS DE LA MISMA AUTORA

	<u>Pesetas.</u>
El faro de la Virtud. (De texto para la escuelas) 2. ^a edición.....	1,25
Corona a Santa Teresa de Jesús. (Edición agotada)...	
El Santo de la aldea. (Poema).....	1,00
El terremoto de Andalucía. (Cuadro en verso).....	1,00
Album de boda. (Para regalo. Edición lujosa).....	10,00
Americanistas ilustres. (Apuntes biográficos. Agotada).....	
El diablo en el púlpito. (Cuento en verso).....	1,00
Colón y América. (Poema histórico).....	1,00
Bígamo. (Novela).....	2,00
Glorias de los Alfonsos. (Romance histórico).....	1,00
La conquista de Cádiz. (Leyenda caballeresca. Agotada).....	
Homenaje al Príncipe de Asturias. (1907. Agotada)..	
Odas, poemas y leyendas. Un tomo.....	2,00
Mauca. (Novela). Un tomo.....	3,00



BIBLIOTECA DE TEATRO PARA NIÑOS

En colaboración con **M.^a** del Pilar Contreras

	<u>Pesetas.</u>
Teatro para niños. Primer tomo. (2. ^a edición).....	5,00
— — Segundo tomo. (2. ^a edición).....	3,50
— — Tercer tomo. Cumplimientos (2. ^a edición).....	3,50
— — Cuarto tomo. (2. ^a edición).....	3,50
— — Quinto tomo. (1. ^a edición).... ..	3,50
— — Sexto tomo. (1. ^a edición).....	3,50

En preparación

Teatro para niños. Séptimo tomo.

Colección de cuadros artísticos representables y otras muchas obras de todos los géneros.

Comedias sueltas en un acto a UNA peseta

Los vencedores. En prosa (para niños).

Pasado, presente y futuro. Triálogo cómico-crítico (para niñas).

La buena obra. (Para escuelas dominicales de niñas).

Los santos médicos. Drama lírico (para niños).

Los niños malos. Juguete carnavalesco.

Un premio a la virtud. En prosa y verso (para niñas).

Los niños toreros. Sainete en prosa y verso.

Los tres defectos de Rita. Pasatiempo cómico en prosa.

Paco el Trianero. Diálogo cómico en prosa.

Don Jenaro Matamoros. Triálogo cómico en prosa.

El cocinero de Mister Jhon. Entretenimiento cómico, en dos actos y en prosa.

Se hallan de venta en las principales Librerías de Madrid y de provincias.